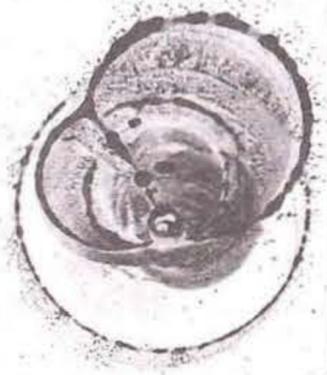


mercancías que remitía a su hermano José Gregorio y otros comerciantes de Santafé. En sus cartas este último comenta sus encargos de mercaderías a Santo Domingo y Jamaica. Dadas las circunstancias políticas y militares que enfrentó la monarquía en aquellos años se abrió un amplio espacio para el arribo de mercancías procedentes de las colonias inglesas a las costas neogranadinas. Las actividades de José Gregorio muchas veces lindaron el límite de lo legal, lo que constituía una preocupación para los hermanos. La correspondencia permite conocer, así mismo, las intimidades del negocio mercantil. No fue una época en la que se manejaran grandes capitales, así, las inversiones eran muy medidas. La decisión de qué mercancías adquirir era estudiada con detenimiento, tanto en su precio como en su real posibilidad de venta. El cálculo de las ganancias esperadas y los intereses de los préstamos variaban en razón de múltiples factores: unas veces por problemas de transporte y otras por saturación en el mercado. Los distintos aspectos tratados en la correspondencia sobre el comercio en la época, la convierten en una extraordinaria fuente para su estudio.



La correspondencia sostenida por los hermanos Gutiérrez Moreno ofrece la posibilidad de informarnos sobre un conjunto de aspectos que podríamos definir como de vida cotidiana. Uno, bastante evidente, es el de las relaciones familiares. La hermandad es un sentimiento cultivado de manera mutua. Los malentendidos y los silencios exigen explicación, algo que los dos hermanos saben sortear. Ante las malas noticias, José Gregorio pedirá a su hermano: dejemos “[...] a un lado quién tuvo la culpa de las que sean desgraciadas, ni quién haya sido el autor de las buenas”. Agustín, quien al

parecer se mantuvo soltero, expresó siempre interés y afecto por su cuñada (Antonia) y sus sobrinos. El intercambio epistolar deja ver los sentimientos hacia los padres y hacia toda la amplia parentela y círculo de allegados. Los festejos, los enlaces matrimoniales, los nacimientos, los quebrantos de salud y las muertes son comentados con detalle e interés. Igualmente, los encargos que hacen a Agustín dejan ver ciertos gustos en el vestir y en el consumo. Las mujeres encargan, sobre todo, peines, linos y encajes. Mientras que los hombres solicitan sombreros, casacas y tabacos; por su parte, José Gregorio pide siempre rapé, al que era aficionado.

José Gregorio Gutiérrez Moreno murió fusilado en Santafé el 6 de julio de 1816. Estuvo en prisión junto a su padre y muchos otros patriotas durante más de un año. En aquel entonces Agustín se encontraba en Europa. Isidro Vanegas, el compilador del libro, tuvo la acertada decisión de incorporar al volumen veinte documentos relacionados con los hermanos Gutiérrez. Uno de ellos fue la defensa que José Gregorio hizo de su caso ante el Tribunal de Purificación del Ejército español. Otro es el relato del comerciante José María Arrubla, sobre los últimos días que pasó con José Gregorio, antes de ser él también fusilado. De igual modo, fue incluida la petición de clemencia que hicieron por José Gregorio, su madre y su esposa, las señoras Francisca Moreno y Antonia Vergara. José Gregorio fue acusado de participar de la causa patriota, de cumplir cargos de gobierno y de estar comprometido en una remesa de doscientos fusiles hecha desde Londres por su hermano Agustín. Desde aquella ciudad, en carta dirigida a su madre, Agustín lloraría la muerte de su hermano y los padecimientos de su padre. Estos distintos documentos cierran en forma dramática un ciclo, el de la intensa y viva correspondencia de los hermanos Gutiérrez Moreno, pero también, el de la primera fase de la independencia de Colombia.

Los diversos aspectos comentados, reitero, hacen de este libro una indiscutible primicia para la investigación histórica. Su carácter de fuente informativa y documental es considerable.

Razón por la que no dudo en advertir que muy pronto se convertirá en una obra de consulta de estudiantes e investigadores.

**Pablo Rodríguez**

Historiador

## Puro título

*Marginados y “sepultados en los montes”. Orígenes de la insurgencia social en el valle del río Cauca, 1810-1830*

ALONSO VALENCIA LLANO

Programa Editorial Universidad del Valle, Colección Libros de investigación, Cali, 2008. 214 págs., il.

HAY ESCRITOS que son atractivos por su título o, mejor sería decir, por el tema que parece revelar su título, como es el caso de este libro que cuenta con un nombre sonoro y llamativo: *Marginados y “sepultados en los montes”*. A primera vista, un apelativo de este tipo hace pensar en una trama histórica plena de suspenso, en la que se nos describirían intrincados procesos de rebelión y de lucha de importantes sectores sociales, porque el subtítulo, así mismo resonante, nos habla de los *Orígenes de la insurgencia social en el valle del río Cauca*. El riesgo que se corre con un título tan ambicioso como el que comentamos radica en que el resultado, en este caso el libro mismo, no se corresponda con las expectativas que dicho título despierte entre los lectores. Al final, eso fue lo que sucedió en el caso del libro que reseñamos, porque su contenido tiene poco que ver con lo que se anuncia en el título. Para corroborar nuestra afirmación se hace necesario hacer un breve recorrido por el frustrante contenido de este libro.

Para comenzar, en la Introducción se presenta una síntesis general, bastante convencional, sobre las características de los campesinos y de las protestas agrarias, resaltando algunas de las contribuciones recientes, como las de Ranahit Guha o las de James Scott sobre el carácter político de la lucha campesina. Un elemento teórico polémico tiene que ver con el uso

de la noción contemporánea de “movimiento social” para catalogar la huida de los campesinos hacia el monte en las primeras décadas del siglo XIX. Y el término se complica todavía más cuando se relaciona con el tema central que se propone el autor, cual es el de estudiar las “marginalidades” que son entendidos como “movimientos que se orientan a una alternativa global de sociedad”, lo cual parece estar en contradicción con lo que se dice enseguida: “Su preocupación es espacial, intentando modificar solamente una faceta, un aspecto muy concreto del orden social” (pág. 17). Estas dos afirmaciones parecen ser disonantes, pues de un lado se sostiene que los movimientos marginales buscarían un cambio global de sociedad, lo que sería más bien característico de las acciones revolucionarias, y de otro lado, dice que solo se pretende cambiar un aspecto particular del orden social. ¿Al fin qué?

El asunto se complica todavía más, cuando el autor nos dice que pretende analizar “los principales actores de los movimientos sociales”, que fueron “la mayoritaria población campesina y los artesanos, que al vivir en sociedades agrarias relativamente aisladas de las sociedades dominantes, explotaban en movimientos espontáneos de protesta cuando sentían la presión externa y volvían a sus tradicionales formas de vida cuando los factores de perturbación eran superados” (pág. 17). Resulta discutible aplicar la noción de “movimiento social” a la situación que estudia el autor, porque como categoría analítica se correspondería con un contexto y unas condiciones por completo diferentes, propias de una sociedad urbana (aunque participen sectores rurales o que viven en el campo) y donde se supone que existen demandas específicas que se relacionan con reivindicaciones laborales y/o culturales. En esas condiciones, de acuerdo con Charles Tilly, el movimiento social es un constructo político que combina tres elementos: “1. Campañas de reivindicaciones colectivas contra las autoridades afectadas; 2. Un abanico de actuaciones para llevar a cabo esas reivindicaciones que incluyen asociaciones con un fin específico, concentraciones públicas, declaraciones en los medios y mani-

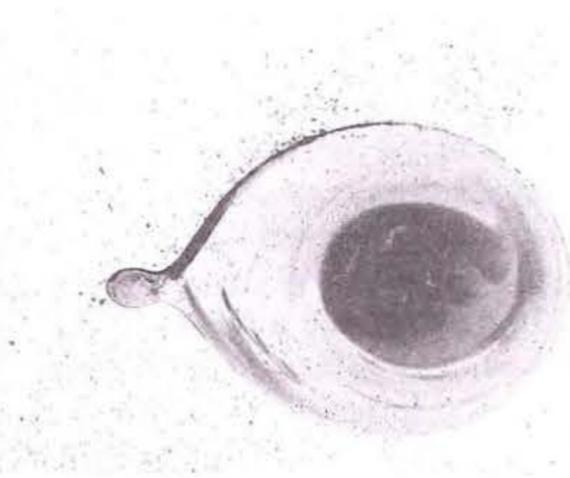
festaciones; 3. Manifestaciones públicas del valor, la unidad, el número y el compromiso de la causa”. Después Tilly concluye: “Doy a este constructo históricamente concreto el nombre de movimiento social” (Charles Tilly y Lesley J. Wood, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Editorial Crítica, 2010, págs. 28-29). Con estos elementos, Tilly advierte sobre los riesgos de una “inflación del término” para que incluya todo tipo de protestas, pasadas o presentes, con lo que se extravía su sentido histórico.

La especificidad histórica de la categoría de movimiento social se pierde en gran medida por la misma definición que asume Valencia Llano, y que toma de Juan Manuel Guillem, quien sostiene que “por movimiento social podemos entender aquellos actos colectivos encaminados a presentar ante las autoridades, grupos o sociedad, en general, una demanda precisa” (citado pág. 16). Con una definición tan laxa y amplia, por movimiento social puede entenderse cualquier acción social en cualquier época y contexto, si tenemos en cuenta que los actos colectivos, acompañados de una demanda ante el Estado o la sociedad, son propios de todas las épocas históricas, y no solo del momento actual o de comienzos del siglo XIX.

Por supuesto, una categoría tan abarcativa no sirve de mucho a la hora de realizar análisis históricos, que son en esencia concretos. En este sentido, si los enmontados y marginales, es decir los que huyen de los ejércitos durante la lucha independentista, son un movimiento social, acorde con la definición que nos da el autor, el asunto es: ¿a quién le están demandando algo y si eso fuera así qué demandan? Eso no queda claro ni en la presentación teórica de la Introducción ni en el desarrollo de la investigación.

Una noción más adecuada que usa el autor como elemento teórico central es la de *contrasociedad*, que ayudaría a entender que los campesinos huyen y se refugian en el campo con la finalidad explícita de reconstruir su modo de vida en otro contexto y al margen de la “sociedad dominante”, y en esa medida serían como los palenques de afrodescendientes que

construyen monte adentro otro tipo de sociedad. Uno de los rasgos de los sujetos, que participan en el proyecto de construir contrasociedades, es el bandolerismo, un término polisémico difícil de aprehender porque a menudo es utilizado con un carácter peyorativo por parte de los poderes dominantes para descalificar los disturbios rurales, como el autor lo resalta de manera adecuada.



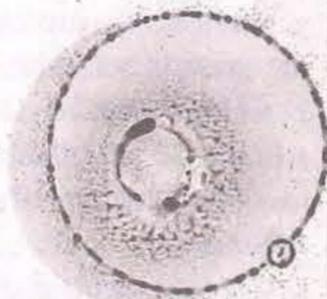
Sin embargo, hay que decirlo, los problemas que ya se encuentran en la introducción teórica se hacen más evidentes cuando se lee el libro, porque a fin de cuentas, después de doscientas páginas no se encuentra en ninguna parte del texto un análisis de los enmontados ni como movimiento social, ni como un proyecto de contrasociedad. Dada esta constatación, no es difícil concluir, sin exagerar, que la teoría que se exhibe al comienzo del libro es un puro artificio —un marco teórico abstracto— que no sirve ni para organizar ni para entender el material empírico —los documentos de archivo— que ha consultado el autor.

El argumento del libro es simple, lo cual no quiere decir que el tema no sea importante: los reclutamientos que se produjeron durante el periodo de las luchas militares que van a originar la independencia, por parte de los dos bandos en contienda (“patriotas” y “realistas”), produjeron una enorme presión sobre las sociedades campesinas, y muchos de sus miembros varones se vieron obligados a huir al monte, donde se refugiaron por algún tiempo.

La idea central del libro es interesante porque rompe con la visión convencional sobre la independencia, que ha vuelto a cobrar fuerza en tiempos del bicentenario, consistente en sostener que en la lucha contra la

dominación española se vincularon de manera masiva y de mutuo acuerdo los diversos sectores populares que vieron como un alivio, y como un triunfo que los beneficiaba, la ruptura colonial. No obstante, eso es muy cuestionable si se observan los procesos históricos reales, como el del Valle del Cauca, cuando a diestra y siniestra se palpa la inconformidad de campesinos, esclavos y libertos ante el desorden generalizado de la guerra, que destruía sus formas de vida y de subsistencia. En gran medida se movilizaron por uno u otro bando, cuando se les ofreció algo que los favorecía de manera directa, en términos de libertad efectiva y de mejoramiento de sus condiciones de vida.

La idea principal del libro se expone en tres capítulos. En el primero se describe la constitución de campesinos mestizos en el valle del Cauca en el siglo XVIII como resultado de la reducción demográfica de las comunidades indígenas, y de la mezcla con negros esclavos. Estos campesinos eran bastante diversos desde el punto de vista racial, se asentaron en territorios externos a las haciendas, y desarrollaron actividades productivas relativamente libres. Su trabajo era familiar, vendían productos a más bajo costo, no pagaban impuestos, producían de manera clandestina aguardiente y otros productos estancados, practicaban el abigeato y cultivaban cacao silvestre. Todo ello consolidó unas economías campesinas libres, que se granjearon la animadversión de los grandes terratenientes que los empezaron a calificar de vagos y delincuentes, y pedían a gritos a los cabildos que los pusiera a raya.



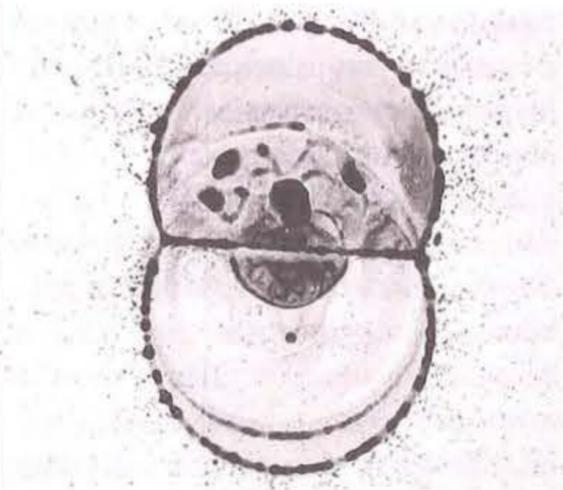
En el segundo capítulo se describe la manera como los campesinos libres fueron convertidos en reclutas de los

dos bandos y como eso genera un sentimiento de repulsa y rechazo a esa conscripción forzada. En especial, se destaca la acción antirrepublicana de los negros del Patía y de los indígenas de Pasto. En este caso no hay gran avance analítico si se le compara, para citar un texto, con el libro de Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)* (2007). Como consecuencia de ese reclutamiento forzado, los negros y campesinos huyen y se ocultan en los montes. Empiezan a ser catalogados de delincuentes y vagos y, tras la independencia, son considerados como un peligro social por constituir sociedades campesinas y libres.

El último capítulo del libro se ocupa de indagar cómo los campesinos pobres se constituyeron en los principales contribuyentes de la nascente república que debieron cumplir con las demandas de ganados, dinero y hasta de esclavos, aunque esto afectaba en forma directa a los terratenientes. Se destacan los gravámenes que se les imponen a comienzos de la década de 1820 como contribuciones para financiar la guerra antirrealista en Ecuador y Perú. Así mismo, se resalta que los campesinos producían, de manera clandestina, algunos de los productos estancados, en especial tabaco.

En los capítulos del libro se anuncia un asunto interesante, como es el de los campesinos que huyen durante las guerras de independencia y se refugian en el monte, sectores a los que el autor denomina los “enmontados”, que constituirían como se anuncia en la introducción contrasociedades marginales. Cuando se lee un título como el de este libro, de inmediato se piensa que se va a hacer un análisis exhaustivo de esos grupos de campesinos, que a primera vista, serían parecidos a los negros cimarrones de los palenques. Pero al final la decepción es muy grande porque solo se constata que había gente que huía de los ejércitos de la época, patriotas y realistas, y que se adentraba en el monte, y no se dice nada de esas pretendidas contrasociedades, ni cómo funcionaban, ni cuáles eran sus jefes y su composición, de qué vivían, cómo se organizaban, si eran similares a los palenques, si atacaban a los ejércitos de la época, si tenían sus propias

formas culturales, etc. Eso queda en el aire y el lector queda con la sensación que se le anunció con mucho bombo algo sobre lo cual no hay información detallada como para reconstruir esas contrasociedades agrarias, de las que habla el autor. Precisamente, como no existe información al respecto —ni una sola mención consistente— se entiende por qué Valencia Llano ha dado tantas vueltas, reiterativas en torno a la idea de que la gente huía al monte, pero no proporciona ningún dato consistente que permita demostrar si existieron o no. Por ello, el libro se habría podido reducir a un artículo de revista, de una mínima extensión, similar a las conclusiones, que se encuentran al final. El libro no pasa de ser una monografía regional bastante limitada por el tema abordado, o quizá porque las fuentes sobre el asunto no daban para mucho más de lo que se obtuvo como resultado.



Para completar, el estilo y la presentación formal del texto lo tornan innecesariamente pesado y un poco aburrido, por recurrir a extensas referencias a pie de página, en gran medida, tediosas y superfluas. Gran parte de las citas textuales son muy extensas y muchas de ellas reiterativas sin que aporten en sí mismas mucho para aclarar, ampliar o probar lo que se está diciendo. Se había podido resumir gran parte de lo que aparece en cada uno de los tres capítulos evitando así alargar de manera impropia el texto, que de un libro hubiera terminado siendo un artículo, porque en realidad el material empleado no daba para más. En el mismo sentido, los mapas están muy mal impresos, no son claros y no se entienden sus convenciones, un claro ejemplo de un inexcusable descuido editorial.

Resulta preocupante, después de todo lo dicho, que este libro tan deficiente y lleno de problemas teóricos y metodológicos, e innecesariamente agrandado, se haya aceptado con honores, como una tesina de doctorado en una universidad de España. ¡Con razón se dice, en son de chiste, que cuando alguien viaje a España debe tener los brazos bien apretados sobre el cuerpo para que no le coloquen –y tenga que comprarlos, porque de negocios se trata– dos títulos de doctorado, uno en cada brazo!

**Renán Vega Cantor**

Profesor titular.

Universidad Pedagógica Nacional

## La historia sin fuentes

### *Grandes conspiraciones en la historia de Colombia De los bellacos oidores de 1714 a los políticos traidores de 1867*

ENRIQUE SANTOS MOLANO

Random House Mondadori,

Bogotá, 2011, 271 págs.

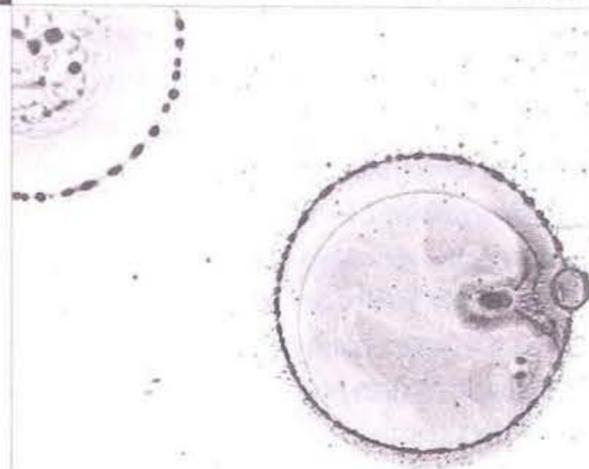
A CONSECUENCIA del carácter científico y profesional que desde principios de la década del sesenta del siglo pasado tomó la historiografía colombiana, los libros sobre chismes, escándalos y demás arandelas quedaron prácticamente relegados. Por lo general, las novelas de corte historiográfico se encargaron de divulgar ciertas intimidades de los personajes de nuestra historia, algunos historiadores no profesionales, como Jaime Duarte French, con su libro *Las Ibáñez*, contaron algo, así como algunas crónicas centradas en personajes contemporáneos. Pero, en general, la moderna historiografía nacional, en una primera época, que cubre las décadas del sesenta y setenta y comienzos de la de los ochenta del siglo XX, se preocupó más por la reconstrucción de los procesos sociales y económicos que desde la conquista había vivido el país; en una segunda época, de los ochenta al presente, se ha dado una gran diversidad de análisis, interpretaciones y reconstrucciones ya no de grandes periodos ni espacios. Es así como el libro

*Grandes conspiraciones en la historia de Colombia. De los bellacos oidores de 1714 a los políticos traidores de 1867*, de Enrique Santos Molano (1942), tío del actual presidente de la república, intenta, con relativo éxito, reconstruir ocho conspiraciones ocurridas en un espacio de 153 años, siete de las cuales son suficientemente conocidas y trabajadas por los historiadores colombianos y extranjeros, quizá solo la sexta, la de Sardá en 1833, es la menos conocida; se debe subrayar que el libro es muy desbalanceado, pues las seis primeras conspiraciones ocupan un total de 141 páginas, mientras que las dos últimas suman 116. La interpretación hecha por el autor es eminentemente centralista, y suministra una sesgada y sectaria presentación de los hechos y de sus protagonistas, ya que, en general, la lectura del libro deja la sensación de que conspiradores solo hubo en Bogotá.

Lo primero que sorprende del libro de Santos Molano es que, a diferencia de otros trabajos suyos, en los cuales la riqueza documental es grande<sup>1</sup>, este no la tiene, y cuando cita, en extenso, documentos originales no menciona la fuente y, sobre todo, su ubicación, página, folio, fondo documental, etc. Así mismo, y como veremos, es notorio el desconocimiento, rayando en el sectarismo, la ignorancia y la obstinación, de la moderna historiografía nacional, como también el descuido en la edición pues hay muchas erratas<sup>2</sup>.

1. Al respecto véase mi reseña del libro de Enrique Santos Molano: *Los jóvenes Santos*, titulada "Un Santos escribe sobre los Santos", publicada en el Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XLI, núm. 66, 2004, págs. 160-164.

2. Una primera errata la encontramos en la página 11 cuando cita la fecha de 1897, donde seguramente debe ser 1697. En la página 34 encontramos otra, cuando afirma que la primera expulsión de los jesuitas fue en 1867, cuando en realidad se cumplió en 1767, exactamente un siglo antes. En la página 126 reseña una carta de Santander a Rufino Cuervo cuya fecha es del 22 de julio de 1823, cuando en realidad debe ser 22 de junio de 1833. En la página 209 encontramos que menciona el periódico artesanal, opositor al régimen, *El Núcleo*, y de manera errada lo ubica el 13 de abril de 1958, cuando debe ser 1858. No sabemos de dónde saca Santos que la Revolución de 1861 fue encabezada por Mosquera, cuando se sabe que el movimiento revolucionario lo inició el gran general caucano en 1859, lo que dio vía libre a la guerra civil.



La primera conspiración es la de los oidores de la Real Audiencia de Santafé en 1715, contra don Francisco Meneses Bravo de Saravia, de quien aporta Santos algunos datos biográficos importantes. La mayoría de la información utilizada para tratar esta conspiración proviene del historiador chileno Diego Barros Arana, pero nos surge una inquietud: ¿es que acaso, sobre los protagonistas del hecho, no hay información en el Archivo General de la Nación? Esta no es la única falencia informativa que detectamos: Germán Colmenares, en su ensayo "Factores de la vida política colonial: el Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII (1713-1740)", publicado en el tomo I del *Manual de historia de Colombia* (1978), basado en documentos provenientes del Archivo General de Indias, hace un juicioso recuento (quizá sin mucho adorno literario, en el aparte Política y sociedad: la deposición de Meneses) de los antecedentes y desenvolvimiento de la conjura, como el final del mencionado presidente, que no fue tenido en cuenta por el autor que nos ocupa.

La segunda conspiración es la del marqués de san Jorge en 1781, contiene varios problemas. En primer lugar, en forma inexplicable no se hace un recuento de cómo se formó el marquesado, lo que para un lector no avezado en la historia de Colombia le acarrea ciertos problemas para entender las actuaciones del para entonces suprimido titular; el marquesado fue erigido en 1768 y suprimido en 1777 por la negativa de don Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varaz Maldonado de Mendoza y Olalla de pagar los obligatorios tributos, pero siguió utilizando su título de marqués.

En segundo lugar, Santos Molano habla de la formación de un núcleo